

---

Jaime García Terrés

# ELOGIO DE LA LOCURA

Agrego mi grano de arena  
—no sé si en el fondo semilla de silencios  
o palabrería con dúctil destello  
insuficiente—

al trono edificado

por algunos ecos, algún cultivo  
de tus visiones en las nuestras;

merecido  
por casi medio siglo de locura  
roma,

declarados que fueron

la magnitud sin número de la Naturaleza  
y aquel destructor forcejeo  
de la luz adentro de la ceguera.

Trono en donde nunca quiso aposentarse,  
humildemente, respetuosamente,

Scardanelli,

azarosa cáscara, dicen, barcia  
de tiempos y mundos ajenos  
a la gran verdad que salió volando  
encima del gris dolor cotidiano,  
intacta,

quizá dispuesta de nuevo

a dejar caer su quemante lluvia  
sobre nuestros párpados errabundos.

Suzette, el doctor Autenrieth, el Néckar.

—Nada nos vierten esos hombres, nada

revelan en sí mismos, que no sea  
la muerte mentirosa (también nada)  
del ángel poseso y desposeído.  
Muda la tragedia,  
su consumación física reduce  
las palabras a ceros,  
a plaga los residuos  
arcanos del álgido zambullido  
en un mar ausente de nuestra costumbre.

¿Y qué del sacrificio,  
más amargo

cuanto menos valor se le reconocía?  
Quedaron allá lejos las audacias del verso,  
las admiraciones contemporáneas;  
inútiles todas ellas  
entre los afanes y menudencias  
que lo circundaban

aprisionándolo

en el ir y venir de la familia huésped:  
No vale la muerte por entregas.  
Honras no asegura tan vil agonía,  
bien que las reclame,  
y con justicia,  
el definitivo polvo, la sombra  
pura, bah, la lengua  
ya fosilizada.

¿Rechazaron otra vez tus pupilas,  
después de la catástrofe,  
toda huella de luz?

La desmemoria

y la caída fatal  
¿borraron por completo la caricia  
divina, la ruta devastadora  
que orillaba tus cantos al abismo?  
Estas preguntas no tendrán jamás respuesta,  
no, pero tampoco se nos permite  
deshacer tamañas inquietudes.  
Y de cualquier modo,  
permaneció viva  
la sacramental desgarradura,  
en fiel testimonio de haberse ofrecido,  
sin reservas míseras ni cautos lindes,  
a la voracidad ineludible  
de los dioses candentes y glaciales.

Si la primavera viene  
o se va el estio  
por vagos caprichos del Numen,  
bien será dedicar siquiera un pensamiento  
a quien extasiado aún  
desde su ventura postrera  
solía celebrar las líneas de la vida.